

Elogio de la melancolía de Armando Roa Vial

Santiago, Chile. Beuvedráis Editores, 1999. 104 pp.

Cristián Gómez O.
Universidad de Chile

Buenas tardes o noches¹. El oficio de presentador puede resultar, a veces, incómodo. El buen presentador pondrá todo de su parte por dejar bien parado el libro de turno, además del autor, de quien suele ser si no amigo, al menos un buen conocido.

A pesar de esto, me arriesgaré a quedar como un ingrato con el buen anfitrión que ha sido y es Armando Roa, para compartir con ustedes no sólo la experiencia salutífera que provoca la lectura de las páginas de Armando, sino también las perplejidades a las que igualmente puede movernos.

Cuesta arriba, por decir lo menos, es el deber de enfrentarse a una postura como ésta, de tal manera radical y apelativa de los más recónditos razonamientos del lector. Porque no es habitual considerar la melancolía como un acicate de nuestras mejores virtudes, en tanto conciencia inapelable de la soledad de nuestra finitud. Por el contrario, es mucho más usual para nuestro oído acostumbrado a las certezas de segunda mano que día a día nos entregan los medios de comunicación, considerar lo melancólico como algo relacionado directamente con la tristeza cuando no con la fatiga y el desánimo. Roa, sin embargo, parece más dado a reputar la melancolía en los términos que Yves Bonnefoy, ese gran poeta francés de nuestro siglo, se expresa

¹Este texto fue leído como presentación del libro homónimo al título de esta reseña, en la Sala Ignacio Domeyko de la Casa Central de la Universidad de Chile, en agosto de 2000.

cuando habla de la poesía. Para el francés, la poesía no es otra cosa que el nombre de nuestra finitud, el ejercicio en que nombramos nuestro límite inexorable y con el cual, al mismo tiempo, somos capaces de modificarlo. En este punto, quizás, radica la gran paradoja humana, el origen mismo de la melancolía, tal como dice el autor "(...) en la confrontación de lo finito con lo infinito, de lo necesario con lo posible: (...) una sucesión de 'instantes' en los que se tocan las esferas de lo eterno y de lo perecedero". No quisiera seguir adelante sin dejar de leer estos versos del mismo Bonnefoy, que parecieran haber sido escritos en "recóndita armonía" con los planteamientos de nuestro autor.

¿A quién asir sino a aquel que se escapa
a quién ver sino a quien se oscurece,
y desear a quién sino al que muere,
sino al que habla y se desgarrar?

¿Qué palidez te golpea, río subterráneo, qué arteria
se quiebra, donde resuena el eco de tu caída?

Ese brazo que elevas de golpe se abre, se inflama.
Retrocede tu cara. ¿Qué niebla progresiva me arranca
tu mirar? Lento farallón de sombra, frontera de la
muerte.

Brazos mudos te acogen, árboles de otra orilla.

Escojo estos versos por ese extraño aire que sustentan y que me recuerda, sobre todo en su última línea, al gran Octavio Paz de la magia cotidiana, en especial al Paz de *El arco y la lira*, aquél empecinado en mostrarnos y demostrarnos las posibilidades de la poesía como una nueva forma de lo sagrado, esto es, una forma pagana de lo sagrado: la poesía se acoge aquí al sentido más estrictamente etimológico de la palabra religión, en ese *re-ligare*, esa reunión de las dos orillas en que se ha divorciado nuestra existencia. Recordemos, al menos someramente, que en las perspectivas del premio Nobel mexicano el poema es un ente vivo que trasciende tanto la historia como el lenguaje, aun cuando éstos sean sus constituyentes primarios. Y en este trascender que es un volver a los orígenes, ocurre el encuentro del hombre con ese otro que es él mismo, ese otro del cual ha vivido separado desde el comienzo de su existencia. ¿Y qué tiene que ver todo esto con Roa y su melancolía? Poco o nada, siempre y cuando no olvidemos que la mirada de Roa se aúna con la del poeta mexicano en la medida que esta melancolía de la que Armando nos habla es, así como la poesía para Paz, también un encuentro en la hora más secreta de lo humano con lo más humano, es decir,

la comparación entre el universo inconmensurable que hombres y mujeres habitan y el plazo tan luctuoso como ineluctable que tienen para habitarlo, de donde procede, además, el ensueño creador, la afirmación gozosa del absurdo, la voluptuosidad de lo inefable y el anhelo de una fisura en esa intolerable carga de orden, cuando el orden es un ripio, que encierra la realidad, palabras, estas últimas, con las que se abre el volumen que ahora nos reúne, la palabra no es gratuita, en esta sala y en este anochecer.

“La revuelta y solamente la revuelta es creadora de luz, y esta luz no puede tomar sino tres caminos: la poesía, la libertad o el amor”, nos dice, sabiamente, André Bretón. Creo ver, bajo los distintos nombres de revuelta, melancolía o reunión, el mismo y permanente afán, como es el de encontrar, bajo la vasta e infinita marea de sucesos, aventuras, noticias y sinrazones que a diario nos suceden, aquellos rastros que nos lleven de vuelta al encuentro de la noche más bella, del río más profundo, junto a los cuales el día es la noche y el agua una simple y extraña excusa para ser feliz.

Es, por todo lo anteriormente mencionado, que llama la atención el implacable escepticismo de algunas afirmaciones que rayan en el nihilismo más absoluto, como por ejemplo cuando se señala que “el despropósito de la civilización debería transformarnos no en filósofos sino en cómicos”, o la defensa de ciertos autores que lindan en su obra con un solapado totalitarismo, tal como se lee en el ensayo titulado *El defensor del Leviatán*, en el que no sólo se exponen y explican las teorías jurídicas de Carl Schmitt y sus muy particulares puntos de vista que, por ahora, dejaremos su valía a juicio del lector.

Yo, por mi parte, excusándome de antemano por la autorreferencia, provengo literal y figuradamente de una familia de melancólicos, tal vez más enjundiosos y vitalistas que aquellos que conforman la larga y exquisita que figura entre las páginas del elogio de Armando Roa. A este listado original, entre los que se cuentan Borges, Canetti, Thomas Bernard, Cioran, Ungaretti y otros, yo agregaría de mi propio corral los nombres de Joyce, Mishima y el mismo Pablo de Rokha, melancólicamente furiosos en sus tan personales estilos. Y en medio de este panorama, Roa me parece una especie de Celan en el abril de mil novecientos setenta, mirando desde un puente el Sena mental y el Sena parisino, aunque tal vez sólo estuviese viendo pasar los cadáveres de sus padres muertos por la mano de los nazis. Dentro de este marco, me gustaría anotar la coherencia que puede registrarse entre los distintos géneros por los que desemboca la escritura de Roa, específicamente la poesía, la traducción o el ensayo. En el salto de un formato a otro, Armando logra armarse de una lógica interna que se compadece con sus inquietudes más pertinaces, a saber: la fantasmagoría de las palabras, cierta anglofilia indesmentible, la autonomía —que bordea el silencio— de las palabras, y la conformación del hombre contemporáneo sobre la base de estas mismas y ausentes palabras.

Cioran anota, en un libro titulado sintomáticamente *Desgarradura*, lo maravilloso de un título como el del libro de Burton *Anatomía de la melancolía*, donde se destaca la fuerza humanizante de este sentimiento, fuerza que, traspolada al idioma de Roa, no es otra cosa sino la intuición de que las propias limitaciones humanas son su misma fortaleza, “el misterioso reverso de la melancolía: un germen inconsciente de fe en un destino virgen, refractario a la muerte, en el que ya no habrá imposiciones inamovibles que cercenen la naturaleza del ser vaciándolo en la eternidad de la nada”, en palabras del propio autor.

Todo acto humano pierde su sentido si la muerte no está incluida como punto final de su decurso. El hecho de que probablemente todos vayamos a morir, no debiera ser, por lo tanto, después de leer este libro, un motivo para una dolorosa tristeza sino para una fructífera melancolía.

Y nuestra misión, si después de todo tenemos alguna, sería entonces que el breve par de décadas que nos ha tocado en suerte vivir, efectivamente, sí, el brevísimo par de décadas que nos ha tocado en suerte vivir, haya valido, en el recuento final, la pena de ser vivido.

